

## El mundo hídrico de "Le grand Meaulnes"

M.<sup>a</sup> NIEVES URDÍROZ VILLANUEVA

Si de la breve biografía de Alain-Fournier —veintiocho años repartidos entre la Sologne, le Berry y París,— tuviéramos que destacar la fecha o el acontecimiento que motivara su vocación artística nos resultaría difícil de precisar. No estamos ante el típico escritor de principios de siglo a quien el recorrido incesante por países extranjeros, la concurrencia entre la sociedad más exquisita o los acontecimientos políticos y sociales marcan decisivamente su afición literaria. Todo sigue en Alain-Fournier un cauce equilibrado, sin estridencias, un orden simple y casi lógico que da a su vida esa nota de vulgaridad que alguno ha definido como de "insignificante"<sup>1</sup>.

Sin embargo, nada mejor que su única novela, *Le Grand Meaulnes*, publicada, tras ocho años de elaboración, en 1913, un año antes de su muerte, para ilustrar muchos de los rasgos ocultos y, a pesar de todo, más atractivos y clarificadores de su perfil humano. Cuando el propio Fournier afirma sin pudorosos remilgos "*dans ce livre il y a tout moi*" cabe esperar de él más autenticidad que fabulación aunque el arte de su autor crea esa extraña atmósfera mágica que suscita sentimientos agradables y a la vez un estado de ansiedad que desconcierta y hace evocar las palabras de Jacques Rivière, su cuñado y fiel amigo:

1

Yves Rey-Herme: "*Le Grand Meaulnes*" d'Alain-Fournier. Paris, Hachette, 1972, pág. 6.

*"Je ne sais plus où tu m'as jeté, ni ce qui est réel, ni s'il y a du réel, ni si tout par hasard ne serait pas réel".*

(14 de Septiembre de 1909)

En esta encantadora novela cuyos hechos tienen lugar tierra adentro, en torno a los lugares recorridos por el propio autor, sorprende hallar tantas alusiones al mundo del agua. Esta presencia incesante en sus formas más variadas tiene, en muchos casos, una referencia directa a la vida de Fournier.

Parece indudable que la vocación marinera del joven Henri-Alain que en 1901, y tan sólo por un año, le llevó a Brest con la intención de ingresar en la Escuela Naval, por fugaz y frustrada que fuera, debió dejar honda huella en él al no poder, de algún modo, silenciar estos recuerdos en su obra. Así no resulta difícil adivinar de dónde le viene a Fournier la predilección por las gentes de mar y cuando trata de asignar una profesión a uno de los personajes clave de la novela, el romántico Frantz de Galais, que en principio no está perfectamente definido: "*étudiant, ou marin ou peut-être aspirant de marin*"<sup>2</sup>, no duda en precisarla en próximas apariciones, al hacerlo llegar de Toulon<sup>3</sup>, el puerto militar por excelencia del Mediterráneo francés, con su atuendo de botonadura dorada<sup>4</sup> y una "*vieille casquette à ancre*"<sup>5</sup>, silbando "*une es-pece d'air marin, comme en chantent, pour s'égayer le coeur, les matelots et les filles dans les cabarets des ports*"<sup>6</sup>.

Lo mismo sucede con el padre de éste, M. de Galais, "*le vieux capitaine de vaisseau*"<sup>7</sup>, o uno de los tíos del protagonista, Meaulnes, que fue en vida "*soldat d'infanterie de marine*"<sup>8</sup>, o muchos de los invitados a la boda de Frantz (P. I, C. XIV, pág. 66).

No obstante, estos personajes no cuentan con la admiración y simpatía que desde el comienzo ha suscitado Augustin Meaulnes en el narrador, porque en su actitud ensoñadora ha visto François Seurel la imagen que ofrece mayores posibilidades, la del marino aventurero "*Robinson Crusoe*" (P. I, C. III, pág. 21).

- 2 Alain Fournier: *Le Grand Meaulnes*. Paris, Emile-Paul frères, Le livre de Poche Université, 1968. (P. I, C. XIV, pág. 67).
- 3 P. I, C. XIV, pág. 68.
- 4 P. I, C. XVI, pág. 80.
- 5 P. III, C. VIII, pág. 192.
- 6 P. I, C. XVI, pág. 80.
- 7 P. III, C. II, pág. 154.
- 8 P. III, C. IV, pág. 173.

Más decisivo aún que este encuentro con el mar, fue en Alain-Fournier el fuerte arraigo y el gran cariño por su tierra natal<sup>9</sup> por la que renunció a su vocación definitivamente<sup>10</sup>. Este país regado por el Cher, está también presente en *Le Grand Meaulnes*, pero es siempre el río, por encima de cualquier otro accidente o elemento natural, el que absorbe la atención del escritor. El Cher sirve no sólo de punto de referencia para situar los pueblos de la región sino para localizar lugares incógnitos, como es el caso de "Les Sablonnières":

*"La ferme des Aubiers, près du Cher où nous allions, ne se trouvait guère qu'à deux kilomètres au delà des Sablonnières"*. (P. III, C. V, pág. 174).

El río es el punto de observación elegido por Fournier para describir en una panorámica de conjunto esta región:

*"Sur la rive où l'on s'arrêta, le coteau venait finir en pente douce et la terre se divisait en petits prés verts, en saulaies séparées par des clôtures, comme autant de jardins minuscules. De l'autre côté de la rivière, les bords étaient formés de collines grises, abruptes, rocheuses; et sur les plus lointaines on découvrait parmi les sapins de petits châteaux romantiques avec une tourelle"*. (P. III, C. V., pág. 175).

Visión que provoca en la sensibilidad del escritor una tierna emoción que compensa su desánimo: *"Que les bords du Cher étaient beaux, pourtant!"* (P. III, C. V, pág. 175).

De todos sus alrededores es, sin duda alguna, la fuente de Grand Fons *"creusée dans la rive même du Cher"*<sup>11</sup>, el lugar más grato para Fournier. Este rincón del río es dentro de esta región el único representativo del arraigo a su país natal que no es propiamente telúrico, ya que la transparencia y frescor de sus aguas<sup>12</sup> son cualidades que la convierten en un símbolo maternal acuático<sup>13</sup>, gran receptáculo y origen de la vida:

9 Clement Borgal: *Alain-Fournier*. Paris, Editions Universitaires, Classiques du XX<sup>e</sup> siècle, 1965. págs. 17-18.

10 Yves Rey-Herme. Ob. cit., pág. 8.

11 P. III, C. I, pág. 147.

12 P. III, C. I, pág. 147.

13 Pertenece al régimen nocturno en la terminología de Gilbert Durand: *Les Structures Anthropologiques de l'imaginaire*. Paris, Bordas, 1969.

*"Il nous semblait, (. . .), que toute la fraîcheur terrestre était enclose en ce lieu. Et maintenant encore, au seul mot de fontaine, prononcé n'importe où, c'est à celle-là, pendant longtemps que je pense"* (P. III, C. I, pág. 148).

En otras ocasiones Alain-Fournier trata de acercar las dos realidades para él igualmente amables, su tierra y el mar. Así La Ferté-d'Angillon, el pueblo rodeado por un arroyo y cuyas casas se alinean a lo largo de un foso *"comme autant de barques, voiles carguées, amarrées dans le calme du soir"*<sup>14</sup>, se convierte, mediante la comparación, en la visión marítima del puerto tranquilo anclado en plena campiña.

Sin embargo, esta presencia hídrica no se limita a lo que nos parece claramente una experiencia física del escritor. El agua, en todas sus formas, es el elemento estético del que se sirve Alain-Fournier con múltiples fines. A veces indica su estación favorita, el otoño, *"la plus belle et la plus romantique, semaine de grandes pluies"*<sup>15</sup>; o su sensación agradable y tranquila se unirá a la alegría de la primavera (P. II, C. VI, pág. 114). Ella creará ambientes íntimos (P. III, C. IX, pág. 197 y C. XIII, pág. 223), o un clima sonoro de cierto misterio en el que se oye el viento *"gronder comme un torrent ou passer comme le sifflement appuyé d'une chute d'eau"* (P. I, C. XVI, pág. 79). Asociada al viento de la llanura, será como una caricia marina que transmite la felicidad de quien la siente (P. III, C. VII, pág. 190).

Pero, en otras circunstancias, puede aparecer insistentemente como la amenaza que se cierne sobre el horizonte vital de los personajes:

*"Je suis parti pour l'attendre dans le grand vent qui charrie de la pluie. On se disait à chaque instant: il va finir par pleuvoir (. . .) il tombe une goutte d'eau. Je crains qu'il ne pleuve: une averse peut l'empêcher de venir"*. (P. III, C. XIV, pág. 226).

O bien por una comparación *"comme une eau jaunie dans un caniveau"*<sup>16</sup>, Fournier muestra todo su desprecio por una jornada anodina cuyo unico acontecimiento es el paso de un entierro.

*Le Grand Meaulnes* presenta igualmente un vocabulario propio del mundo marino que en ocasiones se inserta en el del aventurero: "A

14 P. III, C. III, pág. 161.

15 P. III, C. XI, pág. 209.

16 P. II, C. X, pág. 133.

*l'abordage*" es el grito de los que asaltan la casa de Sainte-Agathe y así ve François esta aventura "*comme (à) l'abordage d'un navire*", "*un abordage bien conduit*" (P. II, C. I, págs. 91 y 92). Del mismo modo, el regreso del coche vacío que sirviera a Meaulnes para huir es para su amigo "*telle une épave qu'eût ramenée la haute mer*" (P. I, C. V, pág. 29).

Este específico vocabulario es también utilizado por nuestro autor para mostrar la agradable sensación claro-oscuro de un paisaje:

*"Et tantôt nous étions plongés dans la fraîche obscurité des fonds de ravins, tantôt au contraire, les haies interrompues, nous baignions dans la claire lumière de toute la vallée"*. (P. III, C. V, pág. 175).

Asimismo los estados anímicos, la nostalgia, la soledad y el desconcierto son asimilados a los del naufragio (P. II, C. XI, pág. 138 y P. III, C. VII, pág. 188).

No obstante la historia de la palabra agua es, en nuestra opinión, la historia de Meaulnes, el curso de la búsqueda y el descubrimiento de un mundo nuevo, desconocido para este adolescente en el que se recrea el escritor como en una ensoñación de su algo lejano mundo personal<sup>17</sup>.

Evidentemente, todos los episodios esenciales de la exploración del protagonista, como ha señalado Robert Baudry<sup>18</sup>, están íntimamente unidos al agua. Desde un primer momento la presentación de Augustin Meaulnes, con su halo de misterio, es la aparición maravillosa que causa en François Seurel una viva admiración y un fuerte deseo de develar su encanto. Este encuentro en la escuela de Sainte-Agathe, "*demeure d'où partirent et où revinrent se briser, comme des vagues sur un rocher désert, nos aventures*"<sup>19</sup>, se define ya como el inicio de una aventura vinculada, por su comparación, al mundo acuático. Aventura sin duda doble, porque tanto el joven "Robinson" como su tímido amigo Seurel desde su humilde aula, comparada a "*une barque sur l'Océan*" en la que con cierto pesar no puede olerse ni "*la saumure ni le cambouis, comme sur un bateau de pêche*"<sup>20</sup>, emprendren, a su manera, un desco-

17 Clément Borgal afirma la unión íntima y natural entre la vida interior de Alain-Fournier y su creación literaria. Ob. cit., pág. 109.

18 Robert Baudry: "Une lecture magique du "Grand Meaulnes" (II)" en *Travaux de Linguistique et de Littérature*, Université de Strasbourg, 1973. XI, 2. pág. 165.

19 P. I, C. I, pág. 7.

20 P. I, C. VI, pág. 22.

nocido viaje, el del descubrimiento adolescente de su propio yo y su misterioso entorno.

En este aspecto el agua es la que fascina y precipita al protagonista hacia una aventura aún sin meta. El mismo insomnio de Meaulnes tratando de averiguar la ruta de su peregrinar, recorriendo su habitación "*comme ces marins qui n'ont pu se déshabituer de faire le quart*"<sup>21</sup> se mira bajo este prisma del magnetismo acuático. El viaje se emprende así atravesando el río, pasando de una orilla a otra (P. I, C. IV, pag. 23), símbolo de una cierta metamorfosis interior hacia un estado más definitivo y Meaulnes seguirá una dirección siempre indicada por el agua: "*A droite et à gauche, l'eau des fossés coulait sous la glace*". (P. I, C. VIII, pág. 44).

El autor no puede olvidar, a nuestro entender, que dentro de esta simbología del tránsito, el agua puede ofrecer también su aspecto maléfico:

*"Un ruisseau coupait le chemin. En été, ce devait être un gué. Mais à cette époque le courant était si fort que la glace n'avait pas pris et qu'il eût été dangereux de pousser plus avant"*. (P. I, C. IX, pág. 47).

Es, de este modo, el símbolo de peligro, la figura de la prueba que el héroe tendrá que afrontar, antes de llegar al "*domaine mystérieux*"; la mansión de apariencia señorial, fortuitamente hallada, que para Meaulnes se presenta con todas las características de un edén. Apartada, casi inaccesible, íntima, ofrece el aspecto poco menos que de isla paradisiaca:

*"L'eau des étangs venait de ce côté mouiller le pied des murs, et il y avait, devant plusieurs portes, de petits balcons de bois qui surplombaient les vagues clapotantes"*. (P. I, C. XV, pág. 73).

Meaulnes descubre allí una felicidad insospechada, una atmósfera de ensueño en la que se pierde la noción del tiempo y se olvida la triste realidad cotidiana, porque en ella se vislumbra un fantástico reino infantil cuyo encanto reside en la inocencia y la libertad. Presidiéndolo todo, como una deidad, Yvonne de Galais, se le muestra como la promesa de

felicidad. En su presencia<sup>22</sup>, Augustin Meaulnes descifra sus aspiraciones, ella es el símbolo y la mediadora de sus sueños más secretos, la personificación de la paz, la seguridad y la dicha del hogar (P. I, C. XIV, págs. 69-70).

Toda la vida en este recinto encantado está gobernada por el agua: "*le givre fondait et l'herbe mouillée brillait comme humectée de rosée*" (P. I, C. XV, pág. 71). Las fiestas organizadas con motivo de la boda de Frantz concluirán con un paseo en barca en el que tendrá lugar el encuentro<sup>23</sup> con Yvonne (P. I, C. XV, págs. 74-75), siempre en una atmósfera tranquila originada por la sensación sonora del agua: "*le bateau filait avec un bruit calme de machine et d'eau*" (P. I, C. XV, pág. 74). El estanque sera igualmente testigo del intercambio de sus promesas, él de volver y ella de esperarle.

Tan fuerte es la sensación placentera y tan maravillado queda Meaulnes ante tales acontecimientos que, como en un espejo, el agua le devuelve su imagen narcisista que le embelesa:

*"Il s'aperçut lui-même reflété dans l'eau, comme incliné sur le ciel, dans son costume d'étudiant romantique. Et il crut voir un autre Meaulnes; non plus l'écolier qui s'était évadé dans une carriole de paysan, mais un être charmant et romanesque, au milieu d'un beau livre de prix..."* (P. I, C. XV, pág. 72).

Meaulnes se nos presenta trastornado ya, y lo vemos no tanto como el enamorado de la mujer como de su sueño recreado.

Como el propio "Robinson", Augustin ha encontrado su isla de la felicidad. Realmente está convencido de su existencia porque la ha conocido por unos instantes y todo su empeño consistirá de ahora en adelante en volverla a hallar. Esta es la inquietud transmitida a su amigo Seurel, quien a partir de este momento participa en la búsqueda del camino que conduce a ese lugar misterioso:

*"Pour la première fois, me voilà, moi aussi, sur le chemin de*

22 Recordemos la coincidencia con la vida de Alain-Fournier, el maravilloso encuentro con la bella desconocida en Cours-la-Reine el día de la Ascensión en 1905, cuyo nombre conocerá posteriormente. De Yvonne confiesa el autor a Jacques Rivière: "*C'était vraiment, c'est vraiment le seul être au monde qui eût pu me donner la paix et le repos*" (4 de Septiembre 1913).

23 Encuentro realmente alusivo al que tuvo el autor en el "bateau-mouche" con la joven desconocida.

*l'aventure. Ce ne sont plus de coquilles abandonnées par les eaux que je cherche (. . .) ni même, cette fontaine profonde et tarie, couverte d'un grillage, enfouie sous tant d'herbes folles qu'il fallait chaque fois plus de temps pour retrouver"* (P. II, C. IX, pág. 188).

Aventura, también la suya, ligada a lo acuático, por la que Meaulnes aparece ante los ojos del fiel amigo como "*le prince harassé de fatigue*" que no ha podido encontrar su camino, y él, su humilde escudero que intenta hallar la salida de este laberinto que les cerca.

De nuevo las aguas del Cher y de la fuente serán testigo del hallazgo de Seurel (P. III, C. I, págs. 149-150), el camino hacia la finca sin nombre y en sus orillas se dispondrá el reencuentro de Augustin con Yvonne (P. III, C. V. y VI).

Pero las cosas han cambiado desde la primera entrevista. La desaparición de Frantz de Galais, el muchacho alocado y aventurero que trata de hallar a su prometida y sueña con llevarla a la que fue la casa de su niñez, ha desolado la vieja mansión y sus habitantes. El agua se muestra, como tantas veces, víctima del desastre y nos presenta, como todo el conjunto, su aspecto abandonado y ruinoso:

*"Tout était disparu; la vieille demeure si étrange et compliquée, abattue; le grand étang, asséché, comblé; et dispersés, les enfants aux charmants costumes"* (P. III, C. VI, pág. 181).

Meaulnes sigue, sin embargo, pensando obsesionadamente en la existencia real de su maravillosa aventura y espera de ese pasado una prueba, "*une épave*" que le revele que no ha sido un simple sueño, recurriendo a la comparación "*comme le plongeur rapporte du fond de l'eau un caillou et des algues*" (P. III, C. VI, pág. 182).

Efectivamente, la influencia de Frantz ha echado todo a perder. Como representación de la fatalidad creada por uno mismo en su propio destino<sup>24</sup>, Frantz va incluso a modificar la ruta hacia la felicidad trazada por Meaulnes.

Recien casado, Augustin vive sus anhelados primeros momentos felices con Yvonne "*comme deux passagers dans un bateau à la dérive*"<sup>25</sup>, fuera del mundo, en la esfera acuática, aislados en su dicha y des-

24 Clément Borgal. Ob. cit., pág. 37.

25 P. III, C. IX, pág. 196.



preocupados por el futuro. Pero la generosa promesa hecha al hermano de Yvonne le obliga a partir en busca de Valentine, la prometida de Frantz, desgarrándole así de la felicidad que ya creía alcanzada. Una vez más la maléfica nieve se encarga de borrar definitivamente todo el maravilloso pasado:

*“la neige tomba, ensevelissant définitivement notre roman d’aventures, (. . .) brouillant toute piste, effaçant les dernières traces”*. (P. II, C. XII, pág. 144).

El maleficio del agua, *“l’orage, la pluie, la grêle nous surprisent”* alcanza ya cuanto toca, y los dos seres más queridos de Meaulnes, François e Yvonne sienten con ella su sensación de fracaso y su angustia, su *“paysage noirci”* (P. III, C. X, pág. 204).

La amenaza invade igualmente la causa de la desventura de Meaulnes, *“la maison de Frantz”*. Aquel recinto, preparado para albergar y ser el reino de la felicidad aquel edén que se nos había puesto de manifiesto como en abismo, rigiendo todo el movimiento del primer edén, parece peligrar:

*“Une grande cour herbeuse (. . .) était ravinée par l’orage. Un cerceau trempait dans une flaque d’eau. Dans les jardins (. . .) la grande pluie n’avait laissé que des traînées de gravier blanc. Et enfin nous découvrîmes, blottie contre le seuil d’une des portes mouillées, toute une couvée de poussins transpercée par l’averse. Presque tous étaient morts, sous les ailes raidies et les plumes fripées de la mère”*. (P. III, C. X, págs. 204-205).

De nuevo el agua ha sido la protagonista, lo ha devastado todo, todos los sueños felices han quedado destruidos por su furia.

Después de la tempestad, sólo ella con el amigo Seurel serán los confidentes de los lamentos de Yvonne:

*“Tout ce grand chagrin (. . .) ce grand regret d’avoir perdu son frère si fou, si charmant et si admiré, il avait fallu cette averse et cette débâcle enfantine pour qu’elle me les confiât”*. (P. III, C. X, pág. 206).

La lluvia fina vuelve a hacer su aparición y a ser testigo de las dudas que asaltan a Yvonne sobre su renuncia generosa a la dicha junto a Meaulnes (P. III, C. XI, págs. 210 y 212), a quien un impulso irresistible

ble y un cierto sentimiento de culpa le encauzaron una vez más hacia la aventura.

A su vuelta, cumplida ya la promesa de traer con Valentine la felicidad a la "maison de Frantz", Meaulnes, muerta Yvonne, encuentra todas sus aspiraciones quebradas y aceptando la derrota, sometiéndose resignadamente a la fatalidad marcha de nuevo en busca de otras suertes<sup>26</sup>.

No, ciertamente esta vida no nos conduce a la felicidad, parece decirnos Alain-Fournier. Esta es una maravillosa ilusión que debe mantenerse en nosotros como una promesa, como un irresistible imán de un más allá que no alcanzaremos. Toda tentativa de evasión nos arrastra sin clemencia a la desilusión. La única esperanza que nos queda reside en el enigma de la muerte. En conclusión, esta puede ser en nuestra opinión, la lectura final de *Le Grand Meaulnes*.

La enumeración de los pasajes en los que el mundo hídrico ocupa un lugar primordial en el relato, se haría prácticamente interminable. Hemos subrayado los puntos esenciales que Alain-Fournier ha proyectado en su obra y que, a nuestro parecer, refleja una serie de inquietudes y descubrimientos de su joven autor. El agua, como en un mito, ha puesto al hombre en presencia del mundo, un mundo en donde se agitan fuerzas luminosas y oscuras, en el que prolifera la vida y sobre el que, por encima de todo, se cierne la muerte. El autor nos ha invitado a ver resumida a través de estas imágenes su propia aventura que es, sin duda, la aventura de la humanidad.

26 "le départ de Meaulnes représente moins une fuite que la reconnaissance et l'acceptation douloureuse de cette expérience: le bonheur n'est pas de ce monde" - Clément Borgal: Ob. cit., pág. 19.